



Urge más política de promoción familiar

EN nuestro país han aparecido en la arena pública algunas controversias sobre demografía, con motivo de los debates públicos acerca de la Ley de Derechos y Libertades de los Extranjeros en España, popularmente conocida como «Ley de Extranjería». La noticia más llamativa es una previsión publicada en diciembre de 1999, en la cual expertos de la ONU estimaban que España necesitaría recibir en cincuenta años quince millones de inmigrantes con el fin de tener estructura poblacional y territorial sostenibles.

La más baja fecundidad del mundo y la Historia

EN España, se muestra un porcentaje de fecundidad $-1,1-$ muy inferior al nivel de reemplazo. Tan bajo que es uno de los menores del mundo (probablemente en toda la Historia) y uno de los que tienen menores expectativas de crecimiento en un futuro próximo. Es verdad que, de continuar los baremos constantes, el próximo censo mostrará un fuerte estancamiento poblacional y más allá de 2010

comenzaría a descender el número de habitantes. Una consecuencia muy conocida por todos es el consecuente envejecimiento poblacional que lleva a que haya más de seis millones de ancianos, cifra que está por encima del 15 por 100 de la población.

Esta tendencia, no obstante, deberá ser comparada con el comportamiento reproductivo de la conocida generación del «baby-boom»: aquellos nacidos en los años sesenta y setenta (1960-1975) constituyen las cohortes más numerosas de la historia de los pobladores de la península ibérica. Un hecho que llama también la atención, en contraste con los años sesenta, es que las nuevas parejas que se han formado en las últimas dos décadas han ido aplazando la nupcialidad y el nacimiento del primer hijo (en términos generales). Desde 1980 ha aumentado tres años la edad media de primíparas y en 1995 se situó en los 28,4 años. Los primeros nacidos de madres mayores de treinta años ha pasado de 11,3 por 100 en 1975 a 34,8 por 100 en 1995. En 1995 el 50,8 por 100 de los niños nacidos en primer, segundo o más rangos corresponden a madres mayores de treinta años.

Las causas de este cambio demográfico son varias. La más importante, la disminución de la nupcialidad (tanto legal como consensual ya que ésta última es sólo del 4 por 100), más teniendo en cuenta que el fenómeno de madres solteras tiene todavía un reducido papel (la proporción de nacidos fuera del matrimonio fue del 11,1 por 100 en 1995), y sobre todo la fecundidad. Hay que recordar una transformación fundamental: nos encontramos con la primera generación que tiene un efectivo control voluntario de la fecundidad a través de las técnicas contraceptivas. El alargamiento de la etapa de formación educativa, la cada vez más tardía incorporación de la mujer al mercado laboral y la dependencia de la

fecundidad con respecto a la consolidación de la carrera profesional, constituyen otro factor importante. En consecuencia, los padres son cada vez más mayores a la hora de tener su primer hijo.

Todas estas novedosas pautas demográficas se enmarcan dentro de un cambio cultural más profundo: la transformación de la cultura familiar y la identidad femenina, ambas íntimamente ligadas. Hay quienes interpretan que esas bajas fecundidades son debidas a una cultura familista que valora más el disfrute hedonista de la condición de pareja sin hijos. Esta tesis se ve parcialmente refutada por el progresivo valor que los españoles otorgan a la familia y a los hijos, que han perdido parte de su función de inversión en previsión económica y han ganado como campo expresivo de la identidad de los propios padres.

Los hijos del «baby-boom» son los padres del «baby-down»

EL cambio de tendencia se detecta entre las mujeres nacidas a mediados de los años sesenta, por lo que todavía no está cerrado el ciclo reproductivo. Hay algunas incertidumbres acerca de cuál va a ser el comportamiento de los nuevos matrimonios de treintañeros en los próximos años, pero posiblemente generen un ligero ascenso de las tasas de fecundidad, al igual que lo ha hecho el resto de Europa. El número de hijos deseados, según las encuestas de fecundidad realizadas entre los españoles, es de 2,2, cifra claramente mayor a la actual fecundidad real. Esos 2,2 hijos son una expectativa bastante generalizada y constante para todas las edades (también las personas mayores de 40 años quieren más de dos hijos). Entre las mujeres encuestadas que tienen un solo hijo, tres cuartas partes

exponen su deseo de tener uno más. Finalmente, los varones expresan una línea de expectativas similar a las mujeres.

LA caída radical y posterior ligera elevación de las tasas de fecundidad es un itinerario demográfico que Europa vivió antes que nosotros. España ha sido el país que más tardíamente ha adoptado estas pautas, y es probable que imite los comportamientos europeos. No obstante, la intensa disminución de la fecundidad seguirá siendo claramente el principal cambio en el modelo demográfico. La opinión pública se ha ido concienciando progresivamente de este hecho, que es usado con frecuencia como argumento en algunos debates, como el referido sobre inmigraciones. Las consecuencias de esta baja fecundidad se reflejan principalmente en la estructura económica y en el mismo modelo de familia. En algunos foros políticos y económicos se ha establecido una conexión de causa-efecto entre la disminución de población activa e insuficiencia de capital social que asegure las pensiones. Hemos de decir que las transformaciones en el trabajo cuestionan esa relación directa establecida entre disminución de la población activa e insostenibilidad del Estado social. El principal problema del sostenimiento y expansión del Estado social no es de generación de riqueza sino de redistribución de la misma. Acerca del modelo de familia, se ha señalado la importancia de la experiencia de fraternidad que cada vez se da con menos frecuencia en las familias. La ausencia de esta vivencia afectará sin duda a la solidaridad social, carente de esa infraestructura cultural que es la fraternidad familiar. Las diferencias entre la realidad demográfica y los deseos de fecundidad entre las mujeres y varones españoles ponen encima de la mesa como primera causa del bajo número de niños las razones sociales y económicas.

Efectivamente, los problemas de entrada en el mercado laboral y emancipación de los jóvenes y las dificultades para compatibilizar profesión y maternidad son probablemente la causa más explicativa. Esa compatibilización se ve dificultada por la asimetría de cargas que, dentro de la familia, se acentúan por razón de género después de la llegada del primer niño.

Es urgente una fuerte política familista

UN factor llamativo en nuestro régimen democrático es la ausencia, por parte de los gobiernos, de políticas de población. El imaginario social conserva profundamente grabada la política nacionalista del franquismo (política que se correspondía con otras semejantes en Europa unas décadas antes), pero desde entonces la ciudadanía no puede dar cuenta de medidas explícitas al respecto. España carece de una política activa de población, y eso ha llevado a una tardía y tímida política de incentivo natal a través de cortas medidas de protección a la familia. Los programas de población se articulan con medidas fiscales (vía desgravación en el IRPF), ayudas por hijo a personas de bajos ingresos y diversos beneficios a familias numerosas (cuya concepción ha bajado de cuatro a tres hijos). Hay que mencionar también las medidas tomadas para incentivar la compatibilidad de la maternidad (y paternidad, simbólicamente) y la laboralidad con la ampliación de los permisos de maternidad, lactancia y las posibilidades de excedencia.

Somos conscientes de que estos programas han sido abordados en las últimas legislaturas con insuficiencia, indecisión y debilidad. Un capital tan importante como la familia y las nuevas generaciones requiere una política de mayor peso y seguridad. Se inscriben dentro de un cambio

ideológico sobre la familia. Las ideologías que definían en los años sesenta la familia como un sótano de autoritarismo y alienación han cesado y se han encontrado en un «centro» intermedio con aquellas corrientes conservadoras que ponían la familia como una institución inmutable en el centro de la vida social. El reto de mayor esfuerzo es el que deberá afrontar la cultura de izquierdas, que todavía ahora reencuentra en la familia, si bien remisamente, uno de los apoyos comunitarios más firmes. Desde dichas posiciones se entra en una nueva cultura familista, sobre todo desde la defensa de las condiciones de vida de la población femenina. En los dos grandes campos ideológicos occidentales, se coincide en un diagnóstico social de progresiva anomía frente a la cual la familia es uno de los principales recursos.

PERO las nuevas políticas de población y de familia deben madurar más. Llama la atención la incertidumbre sobre el modelo demográfico que los países occidentales quieren para sí mismos y la política despótica que se aplica sobre la demografía de los países empobrecidos. El Estado de Bienestar debe crecer por esa línea de derecho de familia no sólo desde la clave de protección sino desde la promoción. Los ciudadanos españoles atribuyen a los gobiernos una gran responsabilidad en materia demográfica y familiar, pero, en cambio, no hay acuerdo sino confusión en cuáles son las medidas oportunas. Actualmente, hay una progresiva conciencia de la importancia de la política de familia, pero incertidumbre acerca de sus contenidos. Aquellos aspectos que recogen más apoyo son los que reclaman una red universal de escuelas infantiles financiadas principalmente con fondos públicos. Hay otras demandas tales como las subvenciones directas a la fecundidad, el acceso a la vivienda, la flexibilización de horarios, el

derecho —y no la mera posibilidad— a la excedencia, etc.

Las líneas políticas desarrolladas por el laborismo británico han marcado a la izquierda europea un antes y un después europeo en materia de familia.

SI ya detectamos incertidumbre en la inmediata previsión demográfica, las prospectivas a cincuenta años vista son casi ciencia ficción. Los progresivos avances médicos en la tecnología reproductiva, los cambios en la estructura productiva, el futuro del Estado de Bienestar, los flujos de adopción internacional, la ampliación de la Unión Europea y desaparición de fronteras y los cambios en las mentalidades son factores imprevisibles que difícilmente se pueden computar de modo que los cálculos que los demógrafos de la ONU presentaban públicamente resulten creíbles.

La llamativa novedad de nuestra estructura demográfica nos hace más sensibles a la urgencia de una nueva y decidida política, quizás no natalista, sino de promoción de la familia. Y la razón no es poblar más nuestro país sino favorecer el derecho a desarrollar la propia familia, por cierto, la institución cada vez más valorada por cualquier ciudadano en cualquier país del mundo.